CUANDO LAS CUÑADAS NO SON FAMILIA

Miguel Cases

CUANDO LAS CUÑADAS NO SON FAMILIA

Miguel Cases

avant
editorial

Primera edición, diciembre de 2023
©Miguel Cases, 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19970-57-2
IBIC: FP
DEPOSITO LEGAL:M-35919-2023

Introducción

Seguramente, yo, Ana, debo ser una de las primeras de mi especie en escribir un libro de recuerdos de mi antiguo mundo. Me siento impelida a hacerlo por una necesidad que surge dentro de mí como un ciclón que lo arrasa todo a su paso. Hace siglos, la gente que yo había conocido de niña y de joven solía escribir sus memorias cuando llegaba a una edad cercana a la jubilación; era una necesidad de reafirmarse en sus convicciones y justificarse delante de sí misma y de los demás. Este no es mi caso.

La inmensa mayoría de quienes vinieron conmigo no quieren ni oír hablar de lo que sucedió hace más de quinientos años en nuestro planeta natal, la Tierra. Les comprendo, fue absolutamente espantoso.

La verdad es que yo también noto que me cuesta un poco ordenar mis recuerdos. Como si mi subconsciente, involuntariamente, hubiese hecho un esfuerzo

por borrar aquellos acontecimientos que ya son tan lejanos.

Ahora, habito en una pequeña ciudad, perfectamente auto sostenible, donde se respeta escrupulosamente la naturaleza. Sucede igual en todo el resto de este nuevo y maravilloso mundo, a años luz de la Tierra.

Al menos una vez a la semana, doy charlas a adolescentes sobre cómo era la vida en mi antiguo planeta. De esta manera, consigo que aprecien todavía más el paraíso en el que estamos instaladas, aunque si de mayores leyesen este libro, tendrán una idea más exacta de todo aquello que les comento en mis conferencias.

Personalmente, para mí también es una manera de revivir a toda aquella gente que, para bien o para mal, se cruzaron en mi camino. De todas y de todos aprendí algo, a veces fue imitar su ejemplo, otras, por el contrario, fue saber lo que no tenía que hacer o lo que no tenía que ser, para así evitar parecerme a ellos. Toda la vida he practicado aquello de «no hay peor desprecio, que no hacer aprecio» cuando, evidentemente, no se hacían merecedores de ello.

Nunca he guardado rencor a aquellos que intentaron o consiguieron perjudicarme. En este caso, la que se hubiese dañado hubiese sido yo misma; al contrario, los compadecía. Pensaba que eran pobres personajes, carentes de ética y moral, que fueron incapaces de ver la maldad que había en sus acciones.

Todos hace siglos se convirtieron en polvo. También me sucederá a mí algún día; pero, de momento, a no ser que tenga un accidente fatal, me quedan muchísimos años por delante para seguir disfrutando esta larguísima vida, que la fortuna, en forma de mujer de otro mundo, me ha regalado.

Este libro no es un ejercicio de nostalgia. De ninguna manera puede haberla cuando esta sociedad en la que ahora vivo ha erradicado la injusticia, la crueldad, la avaricia y la delincuencia. Todo lo contrario del mundo en el que yo habité, gobernado por gente sin corazón, sin escrúpulos y sin conciencia.

En realidad, mi planeta ya estaba condenado desde que el Homo Sapiens se impuso, el resto solo fue cuestión de tiempo. El ser humano se convirtió en una especie de virus destructor que lo aniquilaba todo a su paso. Las guerras, el hambre, la miseria y las injusticias sociales hicieron de la Tierra un auténtico infierno para la mayoría de sus habitantes. Exceptuando, naturalmente, a aquellos privilegiados que se lucraban con el trabajo de los demás. Se aplaudía a los ladrones, se votaba a políticos indeseables, se elegían a jueces corruptos para los altos cargos del Estado y se aprobaban leyes y constituciones estúpidas, que más bien parecían un escarnio para la población.

Así, constituimos sociedades absolutamente injustas, avariciosas, egoístas y depredadoras. En ellas se

marginaba, se insultaba o se apaleaba a quienes pedían un mayor reparto de la riqueza.

Al final, hasta la misma viabilidad de la existencia de cualquier tipo de vida estuvo seriamente amenazada por la carencia de conciencia ecológica en la mayoría de sus gobernantes y por la proliferación de las armas químicas, biológicas y nucleares. Por lo tanto, aquello que sucedió en mi planeta natal fue el mal menor. Sé que para los que sobrevivimos es muy duro admitirlo, pero yo siempre lo he juzgado como absolutamente necesario.

Recuerdo todo aquello con dolor en el alma. Igual que el fallecimiento por accidente de dos de mis amantes y el suicidio de otra, pero nadie está a salvo de la muerte. El vivir muchos cientos de años no te lo garantiza.

Nunca ambicioné las posesiones materiales, la fama, las vanidades, ni tampoco he querido ser dueña del alma de las demás. Mi libertad siempre ha sido completa, únicamente limitada por mis deberes con las personas o con las comunidades donde he residido.

Mucho del contenido de estas memorias tiene relación directa con mi deseo sexual. Nunca conseguí controlarlo ni tampoco quise hacerlo y, por supuesto, en ningún caso ha sido motivo de vergüenza, todo lo contrario. Practicarlo siempre ha sido mi válvula de escape para las tensiones que viví y, de paso, también me ha equilibrado como persona.

Por este motivo, alguna vez me han dedicado los peores insultos que entonces se le podían decir a una mujer. No me importó lo más mínimo, aunque, por fortuna, hace muchísimo tiempo que estoy completamente libre de este tipo de ataques, típicos de gente cavernícola y retrógrada. Yo he conseguido disfrutar más con mi cuerpo, a pesar de mi apariencia de tener una treintena de años, que mil mujeres de mi antiguo planeta en toda su vida.

Solo tengo que escribir estos recuerdos poco a poco, porque muchas veces, a pesar de los siglos transcurridos, me saltan las lágrimas. Pero cada día, cuando acabo el trabajo y llego a casa, mis compañeras de hogar (Marina, Ingrid, Helga, Lena, Elena y Claudia) me dan, aparte de su confortable compañía, el placer de sentir la manera en que sus cuerpos se funden con el mío, en un éxtasis de amor de otro mundo, incomparablemente mejor al pobre sexo que estaban condenadas las mujeres de mi antiguo planeta.

CAPÍTULO 1:

El reencuentro

Aquel día de enero del 2015, al levantarme tuve un extraño presentimiento, una especie de inquietud que me subía del estómago, sin que hubiera absolutamente nada que pudiese justificarlo. Temía que algo, bueno o malo, me tenía que suceder antes de acabar mi jornada. Pero nunca, ni siquiera en mis más atrevidos sueños, pude imaginar que tales sucesos fuesen posibles y que cambiasen toda mi vida de una manera tan radical.

Mi trabajo escolar se había convertido en algo bastante rutinario, ya que mi escuela de primaria no era precisamente de las que se distinguían por sus innovaciones didácticas. Rehúso emplear la palabra 'pedagógicas', por el rechazo instintivo que me inspiraban los expertos en desastres educativos, tal como se merecían que les llamasen. Para corroborar este hecho, solo

había que ver el lamentable estado de la educación y el bajísimo nivel de nuestros estudiantes, sobre todo los procedentes de las escuelas públicas.

El trayecto que realizaba a pie todos los días laborables, desde el barrio de Sants, en Barcelona, hasta una escuela del barrio de la Torrassa, en l' Hospitalet de Llobregat, aquel día no me deparó ninguna sorpresa especial. Era un barrio muy obrero, con edificios bastante antiguos y habitados en su mayor parte por inmigrantes.

Diariamente, me cruzaba con la misma gente: jubilados, padres, madres, niños, jóvenes. Creo que la mayoría de ellos no se fijaban en mí. Unas grandes gafas de sol me cubrían buena parte de la cara y una gabardina larga y gris, ceñida con un cinturón, casi el resto del cuerpo. De esta manera evitaba miradas indeseadas o curiosas y, posiblemente, algún rebuzno machista.

Como siempre, cuando llegué al trabajo saludé mecánicamente al conserje, ya era mayor. Pero, cuando me encontraba con él en los pasillos, llevando la bata de trabajo puesta, seguramente despertaba alguna fantasía sexual suya, pues tenía una expresión facial de deseo que no me gustaba nada, aunque tampoco era el único. El hecho de tener veinticinco años, ser rubia, delgada, alta y sin novio que viniese a buscarme al trabajo alentaba las esperanzas de no menos de media docena de buitres al acecho, que murmuraban entre

ellos aquello de, «a esta como no se espabile, se le va a pasar el arroz».

A continuación, entré en la sala para las profesoras y los profesores. Faltaban solo siete minutos para acudir al patio y formar las filas de las alumnas y los alumnos, que entrarían más o menos ordenadamente en las respectivas aulas.

Entonces la vi a ella, estaba apoyada en la pared. Helga, una maestra sustituta de mi compañera paralela de curso, la cual acababa de presentar una baja médica por rotura del cruzado, un ligamento de la rótula, producido mientras esquiaba en Baqueira-Beret en un fin de semana, una diversión que le salió bien cara a la administración.

Helga era la mujer más bella y atractiva que yo hubiese visto nunca. Tenía un rostro poco definible, porque combinaba rasgos europeos y otros medio asiáticos, con unos grandes ojos de un color verde intenso, muy poco común, los cuales intimidaban bastante cuando te miraban directamente.

Lo que más llamaba la atención era que no presentaba ninguna arruga, grano o peca. Lucía una piel perfecta y ligeramente bronceada, sin resto alguno de maquillaje, rímel o pintalabios. No le hacía ninguna falta. Su belleza era completamente natural y la altura de un metro ochenta, añadiéndole algunos centímetros más de tacón, la hacían tener que inclinarse para hablar con la mayoría del profesorado.

El resto del cuerpo hubiese hecho las delicias de un escultor clásico. Llevaba un jersey azul claro ajustado, que dejaba adivinar ligeramente el perfecto contorno de sus pechos. Los tejanos nuevos realzaban sus caderas y piernas. Unas espléndidas y muy trabajadas botas negras remataban aquel milagro de la naturaleza.

El cabello era rubio intenso y un poco largo. Le caía en cascada sobre los hombros y de vez en cuando se lo apartaba con un gesto de coquetería calculada, mostrando unas manos y uñas muy cuidadas, pero sin rastro de pintura en ellas.

También se notaba que el ejercicio formaba parte de su rutina. La silueta anunciaba que escondía un cuerpo totalmente fibroso y moderadamente musculado, sin caer en los excesos de las culturistas, para nada. Era una mujer que, al menos en su exterior, parecía tener un físico perfecto y que haría babear de deseo o envidia a una gran parte de la humanidad, de uno y otro sexo. Desde el primer momento no pude apartar la vista de ella y vi que lo mismo les pasaba a las otras personas que estaban a su alrededor.

Oí que le hacían las preguntas de rigor, sobre su nombre, experiencia docente y otras más, a todas las contestaba amablemente. Estaba claro que el claustro a partir de entonces tendría una nueva Afrodita. Yo, con mi metro y setenta y cinco centímetros, también rubia, pero con el «arroz a punto de pasarse», iría directa hacia el banquillo de suplentes. No conocía ni había visto

nunca a nadie que pudiese competir con aquella mujer, más divina que humana.

De momento, no le pregunté nada, solo me presenté. Al darle el beso de cortesía y acercarme a ella, tuve la sensación de que ya había olido antes el perfume que usaba, la única concesión cosmética que se le podía reprochar. Estaba bastante confundida y mi único deseo, en aquel momento, era que se fijase en mí, aunque solo fuese para intercambiar algunas frases.

Para despejar mis dudas, quise preguntarle si nos habíamos visto antes. Sin embargo, no me atreví. Al menos, no delante de mis compañeras y compañeros, porque luego me hubiesen acribillado a preguntas. Después tendría ocasiones de sobra para hacerlo, era mi paralela y nuestras clases estaban tocándose.

Yo ya sabía, desde la adolescencia, que era absolutamente lesbiana y aquella mujer representaba la culminación erótica de cualquier deseo que yo pudiese tener. Noté que me acaloraba demasiado, el pulso se me disparaba y tuve que entrar un momento en el lavabo, poniéndome agua fría en la cara, para que no se me notase. Afortunadamente, nadie en la escuela estaba al tanto de mis preferencias sexuales.

Ya más recompuesta, salí al patio y formamos las filas de alumnos correspondientes. Entonces noté que ella me miró de manera insistente, supuse que querría ponerse en contacto conmigo. Tendríamos que hablar de muchas cosas, para hacer lo mismo en las dos aulas

de párvulos de cinco años. En ese momento le hice una señal con el pulgar hacia arriba, dándole a entender que la escuela lo tenía todo previsto.

Ya con los niños dentro de las aulas, la profesora de guardia y la jefa de estudios, igual que se solía hacer siempre en ocasiones semejantes, se hicieron cargo de nuestras respectivas clases. Con lo cual, nosotras dos nos reunimos en un despacho donde hacíamos las entrevistas a los padres. Estaba tan contenta por estar a su lado que aquello se tradujo en un nerviosismo un poco ridículo. Por una parte, no podía apartar mi vista de ella; por otra, debía explicarle la programación del curso y las actividades de la semana.

La tenía muy cerca y creo que se daba cuenta de lo que me estaba pasando, porque no dejaba de sonreírme. Eso todavía me turbaba más y hacía que me equivocase. Pude oler mejor su perfume, después supe que era una mezcla de manzana, naranja, menta y jazmín, en proporciones desconocidas, resultaba absolutamente embriagador. Entonces, de pronto, recordé con claridad cuál fue la persona en la que olí aquellas esencias juntas por primera vez.

Como si una corriente eléctrica me recorriese todo el cuerpo, la emoción me embargó completamente. No pude contenerme más, acerqué mi pantalón al suyo hasta rozarlo y la miré con miedo, admiración y una cierta dosis de deseo. Temí su reacción y con

rapidez pensé en la disculpa que le daría. Seguramente, en aquel momento mi corazón dobló sus pulsaciones.

Entonces tuve uno de los momentos más felices y eróticos de toda mi juventud. Helga se levantó, dejándome espantada por las posibles consecuencias. Fue directamente hacia la puerta, cerró con la llave que estaba puesta en el paño y corrió la cortina de una ventana que también daba al pasillo. Yo entonces ya estaba de pie, a punto de desmayarme y sin saber cómo reaccionar.

Aquella diosa viviente me rodeó con sus brazos, me miró fijamente y me dio el más largo, cálido y tierno beso de lengua que nunca haya recibido. En aquel momento se me saltaron las lágrimas y no pude hacer nada más que corresponderle con toda la intensidad de mi ser, abrazando aquel cuerpo tan deseado y saboreando aquella boca, que era mejor que cualquier néctar de los dioses.

Después acercó sus labios a mi oído y lo que dijo me dejó paralizada:

—«Piensa que lo que no te destruye te hace más fuerte. Crece, lucha. Deja este trabajo sin futuro. Vuelve a casa de tus padres, estudia y dentro de unos cuantos años nos volveremos a ver». ¿Recuerdas esto, Ana? ¡Es la segunda vez que te abrazo!

—Helga, sabía que eras tú aquella mujer que me consoló en el puerto, hace tanto tiempo. He reconocido tu perfume. ¡No sabes cuánto te he echado de menos!

—¡Ya te dije que nos volveríamos a ver! Veo que me hiciste caso y seguiste todas mis recomendaciones.

—Pero, no puede ser. ¡Entonces eras mayor que yo y ahora parecemos de la misma edad!

—Bueno, digamos que me sé cuidar. Llevo una vida sana, hago ejercicio, ya sabes todo eso.

—Sí, se nota. ¡Eres tan guapa! Este beso que me has dado, por favor, dime que lo deseabas tanto como yo.

—¡Claro que sí! ¡Tú también eres una mujer muy atractiva!

—¿Comemos juntas al mediodía?

—No, tengo una idea mejor, comamos con los demás. Quiero evitar habladurías. ¿Saben de tus preferencias sexuales?

—No, me he cuidado mucho de ello, dicen que se me pasará el arroz.

Aquello arrancó una carcajada totalmente sincera por su parte.

—Entonces, te propongo una merienda en mi casa, luego una cena y una noche con desayuno incluido.

—¡Dios mío! ¡Claro que sí! Pero, antes debo pasar por mi piso para recoger algunas cosas.

—Vale, iremos en mi coche. Lo tengo en un *parking* cerca de aquí.

—¿Puedes permitírtelo?

—Sí, no tengo problemas económicos ni ninguna necesidad de trabajar. De hecho, mi título de maestra es falso, pero no te preocupes, haré bien el trabajo. Los niños aprenderán y estarán calladitos.

—Entonces, ¿por qué has venido aquí?

—Únicamente por ti. Desde hace nueve años nunca he dejado de vigilarte. He estado mucho más cerca de lo que te imaginas. Hundí tu cabeza en el agua cuando en aquella cala nudista de Sitges una plancha de windsurf pasó por encima de ti. Provoqué el accidente de tu encargado del supermercado en el que trabajaste, desde entonces anda con una muleta. Busqué un trabajo para tu madre en una tienda para que hiciera arreglos de ropa, con aquello mejoró la situación económica de tus padres y pudiste volver a casa, trabajando y estudiando a la vez. Te vi en el campo recogiendo fruta, haciendo de camarera en una discoteca, dando clases particulares, trabajando en un almacén de fruta y en la biblioteca, estudiando tus oposiciones. Lo que hiciste tú, nunca lo ha hecho nadie de tu familia. Entonces, me di cuenta de todo lo que valías. Nunca me he olvidado de ti.

Aquellas confesiones me dejaron absolutamente asombrada. Solo se me ocurrió decir aquello en que estaba pensando.

—Siempre he tenido la impresión de tener un ángel protector y era verdad, eres tú.

—Pude haber hecho más, pero quería que fueses una mujer fuerte, porque de ahora en adelante vendrán tiempos difíciles y quiero que tú seas de las que sobrevivan.

—¡No me asustes!

—De momento, no tienes que preocuparte. Creo que, al menos, durante los próximos diez años.

Aquello me inquietó un poco, pero pensé dejarlo para más adelante. En aquel momento, mis prioridades eran otras.

—Entonces, ahora, si no te molesta, quisiera…

—Al contrario, es un placer.

Realmente, parecía saber lo que yo pensaba o deseaba con desesperación. No me dejó acabar. Otra serie de besos intensos, dulces y salvajes me dejaron en la gloria. Hasta que se oyó a alguien que intentaba abrir la puerta, era nuestra jefa de estudios.

Helga abrió con la llave que estaba puesta y se excusó diciendo que no queríamos interrupciones, ya que nuestra entrevista era muy importante. Yo asentí, moviendo la cabeza afirmativamente, comentando que estaba convencida de que ella lo haría muy bien.

Satisfecha por nuestra explicación, la jefa de estudios solo nos rogó que no cerrásemos por dentro ni corriésemos la cortina, ya que el centro no tenía esa costumbre.